



VAUBROSQUES-DIET D'ENAMBUC,
fundador de las colonias francesas en las Antillas.

El hijo segundo de una casa de Noruegia fué quien fundó los primeros establecimientos franceses en América. Enambuc se había ya distinguido en la marina y obtuvo el empleo de capitán de navío: poco después armó á sus espensas un bergantín, con el cual salió á buscar tortugas. Dejó á Dieppe en 1625 esperando enriquecerse con alguna presa cogida á los españoles; pero en la isla de Guaiman fué descubierto por un galeón de treinta y cinco cañones que le atacó. A pesar de la inferioridad de sus fuerzas, Enambuc se defendió bizarramente, y sus enemigos le dejaron que se alejase por honrar su valor. Su buque, sin embargo, quedó muy destruido, y una tormenta le puso en peligro de naufragar.

Costóle mucho trabajo arribar á San Cristóbal, donde algunos aventureros franceses vivían de la caza. Seducido Enambuc por la fecundidad del suelo determinó fundar en él una colonia. Algunos ingleses, que como él habían desembarcado por casualidad en otro punto, hicieron lo mismo: los dos pueblos se dividieron la isla, y rechazaron poco después el ataque de los naturales, que se habían reunido para destruirlos. Enambuc se volvió á Francia con su buque cargado de tabaco y de maderas preciosas. Presentado al cardenal de Richelieu, que conoció su mérito, obtuvo el gobierno de San Cristóbal, con Durossey, á quien se había asociado; se formó una compañía para colonizar la isla, y los dos fundadores partieron del Havre con dos buques en que iban muchos pasajeros.

Los principios del establecimiento fueron sumamente difíciles. Falta-
ban los viveres y hubo no poca mortandad entre los colonos: los in-

gleses, que eran mas numerosos, usurparon las tierras francesas; pero Enambuc los rechazó hasta sus posesiones, y los negocios empezaban por fin á arreglarse, cuando una escuadrilla enemiga atacó á la naciente colonia. Durossey se negó á defenderse y decidió á los colonos á que se embarcasen para pasar á la Antigua; pero no permaneció en esta isla y se dirigió furtivamente á Francia, donde el cardenal de Richelieu le hizo encerrar en la Bastilla. Enambuc inspiró su propio valor á los colonos emigrados, los atrajo á San Cristóbal y restableció la confianza perdida. Llegó á ser tal en poco tiempo la prosperidad de esta colonia, que pudo enviar destacamentos, los cuales se establecieron sucesivamente en la Guadalupe y en la Martinica. Enambuc murió en 1656 dejando las colonias que había fundado en la mayor prosperidad. «Los habitantes, dice Dutartre, le lloraron como á un padre, y los eclesiásticos como á un protector decidido.»

D. JUAN FRANCISCO DE CASTRÓ.

En el reinado del magnánimo Carlos III, las ciencias y las artes alcanzaron un periodo de restauración inteligente. Esta época es la precursora de las décadas contemporáneas. La propagación de los buenos estudios había pasado de las academias públicas á los gabinetes privados. Existía un verdamen involuntario entre los hombres consagrados á las ciencias, y desde el modesto retiro ó en la academia
27 de JUNIO DE 1852.

se generalizaban las conquistas del saber humano. No era el siglo de los poetas y pintores, era el siglo de los filósofos, de los juriconsultos, de los políticos, de los economistas y de los moralistas. Establecida el derrotero de la actual civilización, formulaba el siglo árido y positivista de los intereses materiales. Entonces los hombres científicos buscaban en las memorias ó revistas la diseminación popular de sus doctrinas, ó consagrados al estudio con la perseverancia de una pasión halagada y consentida, dejaban á sus herederos el codicilo de su erudición: los manuscritos de una obra especulativa ó historia filosófica. Elevados dignatarios del estado ó humildes sacerdotes aceptaban la pluma del escritor, y para autorizar sus doctrinas por medio del ejemplo, establecían las sociedades científicas, propagaban las asociaciones industriales, dirigían las nuevas aplicaciones de la agricultura y del comercio, regularizaban los principios del derecho y de la justicia, moralizaban las clases y popularizaban los elementos constitutivos de la moderna civilización. Presentan el siglo de la industria; el siglo XIX. Distinguan la participación de las ciencias y de las artes en el desarrollo político de los pueblos. Auguran á la beneficencia civil como sucesora de la caridad religiosa.

Muchos de estos varones distinguidos y laboriosos escritores, permanecen en el olvido oscurcidos sus nombres entre el estruendo de las elevadas capacidades que menciona la historia, como la expresión de una época. Sus obras científicas y literarias son consultadas únicamente por los eruditos para apreciar en su verdadero valor las esfuerzos individuales de esta plejada de pensadores. Las biografías imparciales bastan en los archivos particulares los datos pertenecientes á los varones distinguidos que no han confiado á una expansiva publicidad los tesos de su modesto y retirado estudio. Son los hijos menores de las ciencias, á los cuales las vinculaciones de la gloria conceden una humilde jerarquía entre las generaciones venideras.

El virtuoso y erudito sacerdote español D. Juan Antonio de Castro, pertenece al número escogido de los severos y juiciosos escritores del reinado de Carlos III. Cultivó las ciencias como el mantenimiento privilegiado de la inteligencia, y ejerció la caridad como la prescripción reparadora del catolicismo. No fué ardido por ambición y filósofo por orgullo: su estudio era una especie de fe religiosa. No buscó el cortesano afecto y el opulento cortejo; como sacerdote compartió sus tareas esenciales con las prácticas pastorales; como hombre inteligente recorrió las clases menesterosas, empleando sus escasos recursos en las nuevas aplicaciones de las ciencias naturales á las artes industriales; como hombre de letras fué reflexivo é independiente, y buscó la soledad de un *cursus gallega* y el recomiendo de una humilde y astringida localidad.

La protección real y la elevación sacerdotal aumentaron su celo y robustecieron su caridad. El antiguo gabinete del filósofo solitario, y el olvidado huete del jurisperito gratuito, se convirtieron en un taller benéfico y en una hospedería filantrópica. Nuestra pluma vacila en valor el hombre de la ciencia ó apreciar el hombre de la caridad. Bajo la impresión de sus obras literarias y sus donativos humanitarios, se presenta como una reputación compleja que se acerca á los altares y á las bibliotecas. Nosotros presentaremos los contornos de esta gloriosa embigüedad.

D. Juan Antonio de Castro nació en la ciudad de Lugo, Galicia, en 1.º de marzo de 1721. Sus padres, D. Juan Antonio de Castro y Doña Catalina Fernandez Barariza, le proporcionaron desde los primeros años de su vida una esmerada educación en los principales establecimientos científicos y literarios de la provincia. Desde su adolescencia se dedicó con tanta actividad como aprovechamiento al estudio de los buenos autores, y siguió las carreras de teología y jurisprudencia civil y canónica en la universidad de Santiago, recibiendo los grados mayores de licenciado y doctor en ambas facultades en la universidad de Avila. El tribunal superior de Justicia, establecido en esta provincia desde el reinado de Doña Isabel la Católica, le confirió el honroso título de abogado de la audiencia territorial de Galicia. Entonces se refugió en el estudio como en un santuario apacible; las ciencias eran para él una especie de sacerdocio que completaba su vocación pastoral. El alumno estudioso y el abogado reflexivo, abandona las aulas y olvidado los esteros para mirar en la catedral divina. De su retirado gabinete el presbiterio no había más que un paso. D. Juan Antonio de Castro recibe las órdenes mayores y dirige una de las parroquias más apartadas y humildes de la diócesis de su patria. Durante el desempeño de su ministerio parroquial se entrega á una reposada y sobria lectura, que se disputa al sueño las horas de la noche; regimando su espíritu, durante el día, con la edificación cristiana y la predicación evangélica. Es el genio tutelar de la comarca, á cuya sombra se corrigen las costumbres y se dirimen los pleitos. Detrás del sostenedor de la paz doméstica y de la prosperidad pública se reconoce el filósofo; desahogado del párroco ejemplo llegará el escritor elevado.

La magnánima protección que el monarca español dispensaba á los literatos y artistas sorprendidos desde la corte por la mirada previsora

del inmortal Carlos III, eleva á D. Juan Francisco de Castro, pasando de la morada eremítica de una parroquia rural á la tallada silla de coro de la catedral de Lugo. El *pastor de almas* es nombrado *canónigo*. Los frutos sazonados del retiro estenderán ahora sus hojas, abiertas al soplo de la augusta dádiva. Las ideas del moralista y del filósofo pasarán de silencio de la abiga á la animación de la corte. El *párroco* se anuncia como *escritor*. No regulariza sus apuntonamientos, ni llama á juicio las doctrinas adquiridas por medio de una lectura perseverante á espensas de un alarde de amor propio; procura hacer únicamente un beneficio que corresponda á sus generosas aspiraciones. Publica una obra que alcanza entre sus contemporáneos una aceptación extraordinaria, agotándose en un período limitado su primera edición de más de dos mil ejemplares (1). Reconoce la necesidad de un nuevo cuerpo de derecho para la recta administración de justicia, comprende la incertidumbre de los comentaristas, deplora los *desórdenes que causa en la república el desconcierto del estudio y práctica de la legislación nacional*, y á pesar de que su habitual modestia merma á sus ojos las proporciones de su talento, recuerda que *el débil latido de un porriño, son sus palabras testuales, suele despertar causando grandes efectos en la farsaleza de los dogos*, y coloca la justicia al abrigo de la calumnia como la única recompensa de un trabajo (se refiere á su obra) *dedicada al bien público á quien tengo ofrecidos todos mis votos*. He aquí el pensamiento de la obra: no es un escritor que invoca el aplauso de los eruditos y la aprobación de los inteligentes. No establece mejoras para referendarlas con su nombre: no presenta reformas para alcanzar sus consecuencias favorables. Es una nueva obra meritoria para su conciencia, es un nuevo servicio al bien público. Escribe por convicción, por desinterés; escribe como ha predicado desde el púlpito, como ha alegado desde su gabinete, como ha dirigido las nuevas aplicaciones de las ciencias naturales á la agricultura. Sus *discursos críticos* no serán una obra buena, empero se publican como una buena obra.

Mucho debemos á esta generación de varones virtuosos y desinteresados, altos dignatarios y sacerdotes ejemplares, ancianos vigorosos ó jóvenes aplicados, reputaciones sobresalientes á capacidades retraídas, para las cuales la inteligencia era parte del corazón, repartida como una dádiva divina entre los menesterosos de inteligencia y de dinero. Entonces la investigación científica era una especie de magisterio que imponía la más estrecha censura á las pasiones livianas del vulgo. El canónigo de la catedral de Santiago, Sanchez Board, alcanza cargo de hidalguía para las artes mecánicas (2). Consul Jove promueve la industria floreciente de su patria (3). Cornide esculpe el remoto origen de Galicia (4), y D. Juan Francisco de Castro se anticipa un siglo á la compilación regularizada del código nacional.

Sus *Discursos críticos* son una compilación de las doctrinas militantes del derecho natural y de gentes, libres y desembarazadas de la tutela de las antiguas escuelas. En las páginas de este libro se deplora la preferencia que los estudios públicos concedían al derecho romano sobre el derecho pátrio, y se combate la ampulosa interpretación de los leguleyos en menoscabo de los principios elevados de la filosofía y de las prescripciones convenientes del derecho. La obra de Castro es la precursora del estudio analítico y profundo del derecho español en las universidades, es la introducción filosófica de la *Historia del derecho español de D. Juan Sola*; como este libro de texto ha servido de manual á la *Librería de escritores del gallego D. José Febrero*.

Las personas literatas no reconocen la latitud científica de estas exploraciones didácticas, y en la opuesta orilla de un siglo que ha realizado las aplicaciones de la filosofía á la ciencia del derecho, amimora la importancia y elevación de los *Discursos críticos* de Castro. Es necesario levantar por medio de la historia la sociedad civil del siglo XVIII, la sociedad de la amortización religiosa y de la vinculación nobiliaria, de la *Institución* y de las *Pandectas*, la sociedad que presente la transformación de su vida pública con la desconfianza de resignar su valimiento en nuevas instituciones, para apreciar en su verdadero valor al modesto y erudito sacerdote que desde un pueblo de provincia combata la preponderancia del estudio romano (5), cuya valimiento académico había llegado desde el tabernáculo del derecho europeo—desde la univer-

(1) «Discursos críticos sobre las leyes y sus intérpretes, en que se demuestra la incertidumbre de estos y la necesidad de un nuevo y metódico cuerpo de derecho, para la recta administración de justicia, por el doctor D. Juan Francisco de Castro, abogado de la real audiencia del reino de Galicia y vicario de la ciudad de Lugo. — Segunda edición ilustrada con las obras de la *Novísima Recopilación*. — Con licencia. — Madrid, Imprenta de S. Agudo. 4x29 (Dos volúmenes en 4.º)»

(2) En su tratado «Memoria sobre el modo de fomentar entre las librerías de Galicia las fabricas de artesanos.»

(3) En su «Memoria sobre el comercio de la lana en Galicia por todos medios conocidos.» — Orden del rey. — En la imprenta de Don Juan. Año de 1784.

(4) Entre otras importantes apéndice de sus *Historias*, contiene la *Historia de Galicia*. — *Memoria sobre la parte de la historia de la zona de Galicia* (1774). — *Disertación sobre el uso de las reliquias sobre Placentino* (1780). — *Disertación sobre el uso de las reliquias sobre Placentino* (1780). — *Disertación sobre el uso de las reliquias sobre Placentino* (1780). — *Disertación sobre el uso de las reliquias sobre Placentino* (1780). — *Disertación sobre el uso de las reliquias sobre Placentino* (1780).

(5) Lit. II. Oca, la segunda edición, pag. 57.

idad de Bolonia—consiguando que es un engaño manifiesto, aunque vulgarmente creído, que en las universidades se estudia la teoría del derecho, sino... unos principios muchas veces desmentidos en la práctica, y unas reglas á quienes la práctica demuega toda ejemplar, como leyes no recibidas, abrogadas, derogadas é inmutadas, y en pocas veces injustas (1).

Después de esta protesta explícita y terminante de la enseñanza académica del derecho, de la cual derivará la incertidumbre de los intérpretes, destruye los absurdos justificados por la peligrosa autoridad de la costumbre (2), presentando el derecho de los vivos (3), abadía (4) y espolio (5) como una de las contribuciones que concurrirán á hacer pobres y miserables los labradores de Galicia, sin teniendo otro fundamento este derecho que en la costumbre; recomienda á los jueces un arbitraje regulado por los principios de la verdad y justicia en las leyes tácitas (6); protesta contra la esclavitud del derecho entre los inmensos volúmenes de los intérpretes dueños de la legislación, poseedores de sus llaves, sin conceder á alguno entrada sino por su trabajosa lectura (7); rechaza la profesión de abogado cuando establezca oficinas en donde se trabajen todo género, ó lo más en donde quien tiene dinero compra sin que se le pregunte para qué servicio, sin haber adquirido los principios de la filosofía, de la lógica, de la metafísica, de la física, de la moral y de la historia; en una palabra, sin ser un hábil y entendido humanista (8), y deplora el desorden é incertidumbre de los contratos jurados considerados á la vez como espirituales y civiles (9). Las apreciaciones históricas del derecho romano canónico y real, prestan á los Discursos críticos de Castro el sabor erudito de una asidua lectura.

Un Compendio histórico de los mayorazgos sirve de epílogo á la empresa de Castro; más que compendio histórico es un examen general de las vinculaciones; una liquidación justificada de su inconveniencia para la población, aumentando los celibatos, inhabilitando las dotes para el comercio y la agricultura, paralizando la propiedad, reduciendo los cambios, corrigiendo las sucesiones, y amonando los valores (10). Detrás de la indefinida libertad de las vinculaciones nobiliarias, que no vienen de las armas ni de las letras, ni de las ciencias, ni de las artes, ni de la agricultura, ni del comercio, reconoce los abusos del enfeudamiento (11).

Hé aquí una somera reseña de los Discursos críticos de Castro. Volvemos ahora á ocuparnos del sacerdote ejemplar.

El ilustre señor Armaña, obispo de Lugo, justo apreciador del mérito sobresaliente de Castro, le nombra su provisor, vicario general y arcediano de Dozan, cuya dignidad acepta después de vencer los escrupulosos miramientos de su delicadeza. Colocado al frente del gobierno episcopal, corrige con una mano los abusos y moraliza los pueblos, y con la otra sostiene la integridad de las regalías de la mitra en competencia con el metropolitano, por medio de elocuentes defensas estimadas por el tribunal superior de la Rota (12). En 1784 se establece la sociedad económica de Lugo, y Castro dirige sus trabajos, señalando las tareas á que deben consagrar sus esfuerzos en beneficio de las artes y de la agricultura. En esta época escribe la erudita y celebrada obra *Dios y la naturaleza*, distribuida en diez tomos, de los cuales solo vieron diez la luz pública, previa la prolija censura del supremo consejo de Castilla. Esta producción revela el alma del cristiano y el corazón del sacerdote, que lleva sus ecos suaves y melíticos á la inteligencia del filósofo. Es la religión invocada por la meditación y el éxtasis; es la humana debilidad murmurando un himno de admiración delante de la naturaleza. Es una de las obras en las que el sentimiento y la reflexión estampán el ósculo de la íntima correspondencia en nombre de la religión. Entre las obras injelitas sobre diversos ramos del saber humano que ha legado Castro á sus herederos, se debe contar un *Elogio del dialecto gallego*, y un *Opusculo satírico-burlesco censurando los abusos de los legisladores y varales*.

El Juan Francisco de Castro, á fuer de caritativo y limosnero, dotó algunas doncellas, sostuvo diversas escuelas, reedificó varios templos, condonó muchas deudas, regaló semillas y frutos para la horticultura, y curó los enfermos encomendados á su piedad. Según el informe que dió que en 1841 fué dirigido por una persona tan ilustrada como imparcial al gobierno político de Lugo: «En casa estaba convertida en un taller en donde se construía todo el año vestido y calzado para los pobres de ambos sexos y de todas edades, y su cocina era una perenne

despensa, siempre provista de todo lo necesario para alimentar los enfermos indigentes. Todavía viven en este pueblo mujeres casadas bien establecidas, con numerosa y acomodada descendencia, que debieron su suerte á los razonables dotes que el señor Castro les dispuso; y en la muralla que circuye esta población y su catedral, existen monumentos que acreditan en qué invertía este ejemplar eclesiástico las rentas de los beneficios que le estaban asignados. La escalera que conduce desde el muro á la puerta falsa, y la que se dirige á la santa iglesia catedral, enfrente al para-rayos, comprueban esta aserción.» A Castro debe la ciudad de Lugo la construcción del espacioso arco que forma la puerta llamada Falsa, en la actualidad puerta de la Coruña, antes de cuya época era una abertura rústica practicada en la pared. Asociado á su hermano el acreditado farmacéutico D. Vicente de Castro, estableció en su patria, cerca del barrio del Pejaro, la primera fábrica de ladrillos y tejas, dando á conocer en el país el arte de alfarería y vidriado común, para aprovechar los criaderos de arcilla de Sivarey, cuya industria era antes desconocida en este territorio.

Las prendas morales de Castro correspondían al merecido renombre que le alcanzó la presentación de Carlos III á la corte de Roma para la mitra exenta de Leon. Castro renunció esta dignidad como superior á sus títulos.

A las puertas del sepulcro, su mano benéfica y caritativa se abrió para el bien general, como su inteligencia se había ejercitado para el bien público. En los postrimeros días de su vida repartió los escasos bienes de fortuna que poseía entre el hospital civil de Lugo, sus parientes pobres y los menesterosos de su patria. D. Juan Francisco de Castro murió de una apoplejía fulminante el 24 de diciembre de 1790. Fué sepultado en la catedral de Lugo, conservándose sus cenizas debajo de las rejas que señalan el paso del coro á la capilla mayor.

El sacerdote ejemplar, el erudito distinguido y el limosnero de su pueblo, no posee un sepulcro circelado. Su inscripción es mas solemne y duradera: la tradición la escribe en los corazones de las generaciones venideras por medio de la veneración y del reconocimiento.

Santiago, 1851.

ASTORIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA ANTIGUA FORUM,

CAPITAL DE LOS CAMPOS GOTICOS (I).

ESTUDIO HISTÓRICO-MONUMENTAL.

I.

Para quien sabe leer en el album de piedra trazado sobre el mapa de los tiempos por el genio de las artes, y comprende sus sacramentales fórmulas, nada mas grato que descifrar el símbolo vedado á los profanos, y revelar el pensamiento, el carácter, la historia social y moral de otras edades. Porque si los templos, los altares, los monumentos de toda especie son nada mas que una decoración, una perspectiva mas ó menos bella para el sentido físico, pero que nada dice á los espíritus superficiales; no así para quien se ha iniciado en el estudio grave y seductor de la filosofía monumental. El anticuario y el artista que recorren las ciudades y examinan sus edificios con los ojos de la inteligencia, obtienen por resultado de sus ilustradas meditaciones, la revelación auténtica de la mente de otros hombres y del ser de otros siglos. Y muchas veces las construcciones artísticas son los anales mas concienzudos y esgrasivos, la crónica eterna y sucesiva de un país, de toda una civilización. Así, lo que es inescribable para la generalidad, viene á ser un foco de luz, de goce y de fuerza para la ciencia y la observación. Por eso ahora, cuando el viajero solitario divaga por las prodigiosas ruinas de Palmira y de Balbek, y sentido sobre un fragmento de mármol, contempla aquel teatro de la gloria humana, adviña todavía la vida inteligente, el espíritu social de aquellas reinas del Oriente, después que el cónico trémendo de Ezequiel, y que el viento de la desolación rodaron sobre sus pórticos y templos y obeliscos, hundiendoles para siempre bajo el polvo del desierto.

¿Y por qué? Porque hubo un tiempo en que el pensamiento humano, reconcentrando su expresión sintética sobre la forma arquitectónica, la hizo el emblema, la cifra de su vitalidad. La civilización misteriosa y esencialmente sacerdotal de la India primitiva aun se respira hoy bajo las nebulosas pagodas donde rindieran su simbólico culto los adoradores del *Coio* poético y cardinal. Y las blandas líneas, los delicados accidentes de la forma griega, con sus melancólicos acantos y elegantes cimbras, revelan el voluptuoso instinto, la vaporosa molición

(1) Lib. II, Disc. I, segunda edición, pag. 52.

(2) Lib. II, Disc. V, id. pag. 104.

(3) Lib. II, Disc. VI, id. pag. 151.

(4) Id. id. id. pag. 140.

(5) Id. id. id. pag. 144.

(6) Lib. II, Disc. VII, Segunda edición, pag. 174.

(7) Lib. II, Disc. IX, id. pag. 228.

(8) Lib. II, Disc. X, id. pag. 250.

(9) Lib. IV, Disc. VI, Segunda edición, pag. 447.

(10) Tomo II, de la pag. 144 á la pag. 560.

(11) Tomo II, Disc. XI, Disc. I, pag. 520.

(12) *Estadística MS. de el arzobispado, episcopal de Lugo.*

(I) Actualmente la ciudad de Medina de Rioseco, en Castilla la Vieja.

de los hijos del Citeron y del Himeto. Cuando vamos, por el contrario, á la arquitectura cristiana lanzarse á los vientos en ogivas catedrales, cuyas fantásticas líneas y transparentes agujas, cuyas elípticas é inmensas naves, ogivadas de una luz prismática é inspiradora, commueven la imaginación, se comprende cuánto tiene de sublime y espiritual la creencia santa, que es el foco de nuestra civilización liberal, humanitaria é inteligente.

II.

Todo esto y mucho más constituye el criterio del artista filósofo. Pues debe tener presente también que los pueblos pasan en su carrera por diferentes tránsitos, al tenor del desarrollo y alteraciones de su espíritu y condiciones de existencia. Allí, por ejemplo, en una época dada predomina el instinto guerrero, y de quiera rasgan el espacio amenazadoras fortalezas. Mas allá se desenvuelve el sentimiento re-

ligioso, y no hay brazos suficientes para erigir basilicas de eterna adoración. En fin, siempre la fuerza activa de la sociedad concurre donde la impelo el movimiento moral, que forma la que se llama el espíritu de cada era, la mente de cada siglo. El arqueólogo necesita poseer genéricamente estos principios, y tener además un conocimiento exacto de sus aplicaciones y sucesivos efectos. Y solamente con esta compleja preparación se podrá en estado de apreciar con acierto la significación abstracta del arte, y sus relaciones morales con la existencia psicológica de los pueblos. Y este hombre entonces, dejando al vulgo distraerse con trivialo recreo sobre la belleza material de un capitel *corintio* ó de un *ático* primorosa, se abandonará á la meditación de un sillar *bizantino*, en cuyas grotescas é informes molduras encuentra un vocabulario misterioso que le revela graves arcanos de la vida y del pensamiento de otros pueblos. Oh! indudablemente desde los Pelasgos hasta Michael Angelo, desde la piedra druidica hasta la cu-



Medina La antigua Forum.—Medina de Rioseco. de Rioseco

po de San Pedro, fué la arquitectura el libro imperecedero donde la humanidad registraba sus memorias. Se ha perdido la clave de su idioma en muchas combinaciones. Por eso se han oscurecido para nosotros algunos grandes recuerdos. Pero aun así, se sabe lo bastante para comprender el doble destino que sobre los hombres tuvo ese arte, magnífico que nació en las entrañas de la tierra, para osar después hasta las alturas del espacio, cual si anhelara realizar en sentido noble la empresa colosal de los hijos de la fábula.

III.

Parece pues que á falta de otros agentes de expresion y de perceptibilidad, formáran los primitivos pueblos aquellas construcciones fantásticas, donde dar fómula de significación á su pensamiento, y presentarse á su pública existencia. Y hé aquí por qué la de los antiguos tiempos hay que desentrañarlo en las inscripciones, en los jeroglíficos, en los mármoles exhumados de las sombras del olvido. Ni de otra suerte se explicaria tampoco la analogía constante, la elocuente unidad entre la índole de las épocas remotas y los rasgos de su arquitectura. Hay en el hombre una tendencia instintiva que le impelo á dejar recuerdos péstimos de sí y de los suyos, y á trasmitirse de generación en generación. Mas como no siempre existieron los medios eficaces y sencillos que la ciencia y la fortuna han tenido sucesivamente á la sociedad, hubieron de convertir la satisfaccion de sus necesidades sociales en elemento de forma y de permanente comunicacion con la posteridad. De aquí las medallas y los vasos, los sepulcros y las estatuas, y todo lo que constituye actualmente el gabinete del numismático y el museo del arqueólogo. Y de aquí hallar en las naciones á veces una historia entera, trazada sobre la luz del país con montañas de granito, en que el artista esculpió grandes páginas, cuadros velados con la forma plástica y sublime del arte. En nuestra España, por ejemplo, si partiendo desde las venerables montañas de Covadonga, divagamos

por sus émbitos hasta descansar sobre los esplendentes muros de Granada, encontraremos, de catedral en catedral y de monasterio en monasterio, íntegro y palpante el magoñoso poema de nuestra centena-ria lid contra las tribus del creyente. Y es una epopeya firmada con sangre por siete generaciones, sobre un alabastro de jaspes y bronce, cuyas primeras líneas dió el hierro de los cántabros rascos, para que el ángel de la patria grabase el postier tanto sobre el oro virginal del mundo de Colón, de Cortés y de Pizarro. Los que hoyan, como nosotros, respirado el ambiente ascético y silencioso de la basilica de Oviedo, y después ido á escuchar los plácidos ecos que el coro triunfal de los vencedores de Boabdil dejó para siempre bajo las elegantes bóvedas de la iglesia granadina, y que aun susurra mágicas armonías en la estacada trémula del viajero, esos podrán comprender y apreciar cuánto tiene de grande y ardiente aquella poesía de los siglos y de la inmortalidad.

Y no ya la España toda: ciudades hay en ella, que son por sí solas un museo histórico de nuestra existencia nacional. Abi tenemos á Toledo! En el recinto de la ciudad imperial tienen fisonomía muchas civilizaciones y siglos azar variados y distantes. Lo mismo el tipo bélico del Bajo Imperio que la forma esbultante y rica de los árabes; tanto el gusto delicado de la creacion ogival, como el carácter sencillo del renacimiento, delatan allí clara y perfectamente el curso de azarés que ha pasado sobre aquella ilustre metrópoli. Pero si bien no todas las localidades tienen el privilegio magnífico de ser un compendio glorioso del arte, ellas reflejan mas ó menos una época determinada, que significa el mejor de sus tiempos, la mas decisiva de sus fases públicas, dibujada por el cincel artístico en su material aspecto. En Oviedo y Leon domina el sello de la primitiva monarquía; en Valladolid se trasluce el rastro de la corte austriaca; y si en una parte aparece en gran relieve la era de las guerras y de los disturbios, en otra quedann memorias indelebiles de una raza laboriosa, ó de un siglo de prosperidad y de fortuna. Pero siempre y donde quiera el arte, siendo intérprete fe-

modo de cada pensamiento, y registro fiel de los tiempos, para su apreciación y efecto en el porvenir.

IV.

Las precedentes doctrinas, si bien apuntadas en grande escala, tienen relativa y parcial aplicación á cada uno de los detalles derivativos de ellas, por muy diminutos que sean. Es una operación de proporciones matemáticas, en que el más y el menos proceden del mismo principio cierto é invariable. Y como en el presente estudio hemos de aplicar algunas de las inducciones consignadas, mal podría comprenderse nuestro pensamiento, sin una ojeada previa sobre la teoría elemental y absoluta, para dar color á su idea y orden á su exposición.

Cuando el origen de la población, como sucede á la capital de *Campes Godas*, se halla perdido en el misterio de los siglos, y no se conservan abundantes datos de su historia especial, merced á la detestable administración de sus archivos, es de tanto más interés el examen de los monumentos artísticos, pues ellos son la crónica inmutable que guarda algunos capítulos de su existencia, y ellos también nos hon de guiar por el sendero de la ilusión racional, de la conjetura autorizada. Nosotros creemos hallar en sus distintas fisonomías la pintura de lo que fuera en otras edades, y adivinar en sus lineamientos característicos rasgos de las vicisitudes, algunas fases de su secular y nebulosa memoria. Los eruditos dicen si nos equivocamos. Déjense guiar, á manera de curiosos viajeros, bajo el bizantino pórtico de *San Miguel de Media Villa*, y los haremos descifrar aquellos toscos pilares, aquellos monstruosos medallones y pesados semicírculos, para que comprendan que ya en los tiempos de la monarquía originaria debiera ser algo la localidad que erigió un templo tan considerable para aquella época ruda y sombría, y con un carácter á la altura del arte entonces contemporáneo.

Pero que se abstenga de preguntarnos el investigador lo que hay detrás de ese período, significado por el templo del Bajo Imperio, porque no sabemos decirlo á nuestro sabor. Verdad es que desde los siglos de la España romana, ya venia con importancia comercial y política, hasta el punto de haber fijado grandemente la consideración de los dominadores. Así es que erigida por ellos en *colonia* con el nombre de *Bambrita*, fué distinguida por los pueblos de Alsulfo con el dictado de *Puerta Ecuinocciana*, ó *plaza de mercados*, y no pudo ser desatendida por los marciales egipcios, que la adoptaron con el título de *Megymna*, significado y carácter de *ciudad*. Y sin embargo, ¡qué distancia tan grande queda para el investigador desde la era posterior á Roderico, hasta los tiempos anteriores á Escipión, en que ya existía este pueblo entre las poblaciones Vazas de la España Tarraconesa! Toda la dominación romana, la conquista de los setentrionales, y gran parte de la dinastía goda, no son mas que un intenso raso, una laguna inescrutable, en que no hay apenas un rayo de luz, un punto perceptible donde hallar camino la imaginación, y condensa el discurso. Aquí estuvieron los amados hijos de Roma Cansular. ¿Dónde están, pues las aras de su culto á los dioses del Olimpo pagano? ¿Quizá no alzaron en este suelo altares á la victoria y para el padre ardiente del capitán? ¿Y qué dejaron en pos de sí los súbditos de los primeros reyes de la nacionalidad patria en este remoto solar? ¿Acaso destruyeron los romanos conquistadores cuanto quedara de la antigua raza?... Problemas sus estos á que no es fácil responder con acierto. Bien que tampoco suelta esto su lugar. Quéñense en buen hora para la tarea esencial y solamente histórica de la ciudad. Pero hoy que nos proponemos discutir tan solo sobre lo actualmente visible en sus monumentos, no tenemos para qué aceptar aquellas investigaciones, de otra índole y consecuencia.

V.

Dejando aparte la fundación de la ciudad, atribuida á los griegos celadores, prescindiendo de si fué ó no la famosa *Intercalia*, que tan bizarramente resistió á los señores del mundo, cubriéndose de innarrable gloria, y marcada ya la huella del arte nacido en la antigua Estambul, vendremos á tiempos más avanzados y menos tenebrosos. Desde el primer período de la reconquista, empezó *Medina de Riosoco* á ser punto importante, civil y militarmente considerado. Arrojados de aquí los sarracenos en el reinado de D. Alfonso el Católico, quedó constituida en plaza central de la línea fronteriza, y en depósito general de viveres, mercancías y efectos del país raso. De suerte que como ya traía importancia mercantil, y los moros no estuvieron en ella tiempo bastante para variar sus hábitos y generación, y adivinándose este precedente al nuevo carácter adquirido por la villa en la monarquía leonesa, se constituyó desde luego en punto capital de población, interés y movimiento. Desde entonces fué progresando considerablemente, hasta el punto de ser un día el emporio comercial, á la vez de *Medina del Campo*, la plaza de tráfico con toda la parte occidental y setentrional de la Península, y el granero de la comarca. Esta importancia se deja conocer en aquella época, por los restos de su arquitec-

tura militar. Pues á no valer mucho, nadie hubiera pensado en cercarla de altas murallas de sillarero, con sus almenas y almenares, con sendos baluartes de fuertes castillos, y con una poderosa fortaleza, que era la principal de estos contornos. Las ruinas de ella, la murada y gótica puerta de Ajujar, y los rotos murallones que cubren junto al palacio de los Almirantes, y el antiguo convento de San Francisco, atestiguan claramente nuestra inducción.

VI.

Otro tanto comprueban los muchos y graves acontecimientos políticos á que la villa sirvió de teatro durante las turbulencias de aquel tiempo. El rey D. Juan I la concedió el título de *Muy noble y leal*, con recompensa y gratitud del esmero y constante fidelidad que sus naturales mostraron en servicio de su padre D. Enrique II, cuando la expedición del duque de Alencastre, en favor del rey D. Pedro I. En esta villa entonces, se reunieron Don Pedro de Castilla, el Almirante D. Fadrique el I, D. Suero y D. Fadrique de Quiñones, el obispo de Osma, D. Luis de la Cueva y otros ricos hombres, é hicieron la liga y preparativos de guerra, cuando las alteraciones de Castilla contra la privanza del condestable D. Alvaro de Luna. Después de la batalla de Olmedo, ganada contra los infantes de Aragón, por influencia del infante D. Enrique, se pronunció en la villa de *Medina de Riosoco* el perdón del expresado almirante, enemigo del Condestable, bajo la condición de reducirse á obediencia en el plazo de cuatro meses, y quedando en rehenes Doña Juana su hija, reina de Navarra. No volvió D. Fadrique Enriquez á este acomodamiento, negándose á presentarse en la corte, especialmente desde que recibió a viso de que se acababa en caplura, y mas, cuando supo la precisa sanción de los magnates, sus compañeros de compromisos. Burlados así los proyectos de los cortesanos, se determinó la ocupación de los pueblos y estados del Almirante y de su colega el conde de Castro; la que se verificó estando aquellos desparecidos, y siendo principalmente esta villa, que era el asiento titular del almirantazgo. Estos sucesos y circunstancias, con otros que pudieran referirse, prueban la importancia de esta población. Así es que habiendo permanecido realengo hasta por los años de 1301, el rey D. Fernando el Emplazado y su esposa, la casaron al infante D. Juan, tío de aquel, en cambio del señorío de Vizcaya. Posteriormente por efecto de las revueltas infelices, D. Enrique, conde de Trastámara, á su entrada en Burgos, de vuelta de su fuga á Francia, hizo donación de la villa á D. Felipe de Castro, infante de Aragón, por dote de su mujer Doña Juana de Castilla, hermana del conde rey, á cuyo D. Felipe tenía posesión el legítimo marqués D. Pedro, en el castillo de la misma ciudad. Habiendo fallecido D. Felipe en 1371, la cedió su esposa, por falta de sucesión, á su sobrino D. Alonso Enriquez, primer almirante de Castilla, y el rey D. Juan II confirmó la donación en Arévalo, á 4 de octubre de 1421. Y D. Alfonso y se construyó Doña Juana de Mendoza, la constituyeron en sede del almirantazgo, y mayorazgo para sus hijos y descendientes, por escritura otorgada en la ciudad de Toro á 19 de abril de 1456. Y andando el tiempo, el emperador D. Carlos I la erigió en ducado, en tiempo del almirante D. Fadrique Enriquez II. Ahora bien: ¿podrá ser cosa exigua en riqueza y poder, una villa que valga en trueque el señorío de todo un país, que se daba en dote á la hermana de un rey, y que se erigió en sede del primer dignatario de Castilla?... Y si esto no bastase, los cuantiosos servicios en gentes y dineros que repetidamente hizo á los monarcas, especialmente en los reinados de D. Juan el I, D. Felipe III, D. Felipe IV y D. Felipe V, á quien sirvió en veinticuatro horas con una fuerza de mil y doscientos hombres de infantería y caballería, para el socorro de las plazas de Zamora, Carhajalet y Alcañices; amagadas del enemigo; los privilegios y honores que los reyes la otorgaron y confirmaron en ciudad con honores de voto en cortes; sus armas y sus opulentos propios; todo eso, repetimos, concluirá la más robusta prueba de su importancia en tan dilatados tiempos.

VII.

La prosecución del examen monumental viene también á nuestro propósito. Ya hemos visto en el siglo X al templo bizantino de San Miguel como la única parroquia de la población. Pues bien: ahora pasando á la centuria XIV, desmenuveremos á los ojos del lector una nueva página, que lleva en sí la explicación de quinientos años, y aparece una de las peripetias del arte en general, y de la población en particular. Pues al unazo intercalando, al inmóvil semicírculo imperial y á los tenebrosos artesanos, haremos suceder, cual se testimonian el foro escénico, una decoración bizarra de esbeltos pilares, de caprichosas y flexibles ojivas, de distintas galerías donde el genio se evapora en aéreas é inspiradas fantasías. Y aquí adquiriremos un dato precioso para calcular el floreciente estado de *Medina de Riosoco* en aquella azarosa época, en que levantó á costa de sus habitantes una ostentosa basílica á la faz de las huertas de Ismael. Sin mas que establecer con una mirada el cálculo comparativo entre el templo sa-

jon de San Miguel y la iglesia ojiyal de la Asunción, se presenta á la mente el vasto desarrollo y prosperidad creciente de la villa, una época á otra época. Y después tiene que arrojarse el discurso á investigar las poderosas causas que en tan calambitos tiempos pudieron sobreponerse á los males comunes, y constituiría en centro de vida y riqueza, á contar desde el principio de la reconquista hasta el siglo de D. Enrique III. Porque sin grande aumento de población no había para qué construir espaciosas naves, y sin mucha opulencia no se hacen tampoco lujosas y costosísimas fábricas para el culto de Dios. Aparte pues de esta destrucción, véase cómo la interpretación filosófica del arte nos hace fecundos servicios para la historia y extirpación de las fortunas de los siglos.

La belleza artística del templo, sus grandes dimensiones, y el enorme costo que debió tener su obra, prueban tres cosas: el gusto adelantado y el nivel de la perfección del arte en la población, el considerable personal de sus habitantes, y la riqueza y piedad locales. Y como ni el gusto se adquiere ni se refina sin poderosos elementos de sociabilidad, ni la población y riqueza prosperan sin estar francas las fuentes de producción, parece legítimo inducir que la villa encerraba en sí notables progresos en la civilización entónces contemporánea, y grandes recursos de prosperidad pública. Y el celo religioso desplegado en la opulenta fábrica, indica que la creencia católica debió sufrir aquí poco las fatales vicisitudes que en otras partes produjeron las primeras herejías de Oriente, y el corrosivo tace del judaísmo y el de la raza morisca. Ya nos había llamado la atención, y es una prueba de ello que no se hiciera mención de Mirama de Risco en la distribución de las aljamas de los judíos, verificada en tiempo de D. Sancho el Bravo, era 1528, cuando constan en ella varias poblaciones menos importantes de la diócesis de Palencia.

VIII.

Del siglo XIV al XVI no falta memoria monumental que atestigüe el valor de la población. La iglesia gótica del convento de San Francisco está en éste número. Generalmente se atribuye á los almirantes D. Fadrique II y su esposa Doña Ana de Cabrera, pero no estamos penetrados de la verdad de esta especie. Tenemos motivo para creer que el templo es de la época de D. Pedro I, siglo XIV, en su último tercio. Entónces debió quedar concluida la capilla mayor y naves laterales, según su corte y ornamentación. Los almirantes llegaron mucho después, y para la fundación del convento franciscano aprovecharon el templo inconcluso. Por eso se observa en él obra de diverso tiempo y calidad. Desde nuestro gabinete estamos viendo la fábrica primitiva de tosco sillarejo, llegar nada mas que hasta el remate de los estibos laterales de la nave principal. Y sobre ella arranca un muro de ladrillo que por su forma y aventajada ejecución manifiesta el tiempo que medió entre ambas partes de la obra. La misma diferencia se observa entre la fabricación antigua del templo y la del convento. En la centuria XV vino llegar la erección del de Vallespejo, debida al almirante D. Fadrique I y su esposa Doña Teresa de Quiñones, para panteón de su familia. Estos institutos religiosos, y los demás que la villa debió á la prodigalidad de los almirantes, dejan traslucir que aquellos opulentos varones debían tener y estimar en mucho su pequeña corte, cuando agotaban su patrimonio para dotarla de tantas fundaciones regulares, montadas bajo un plácido y digno de su ilustre nombre. Y esta corte debiera figurar ó valer mucho por sí misma, en el hecho de haber correspondido con larguezas inconsideradas á tales demostraciones, que, en verdad sea dicho, no traían grandes bienes á los honrados vecinos de la capital de los Campos Góticos. Algo pudiera decirnos la historia, pero no es capitulo para este lugar. Diremos sí que ya empezó á marcarse la decadencia del tipo gótico, y á trasladarse ciertas aspiraciones de renacimiento en varios detalles de aquellas fábricas, y que es de sentir que sus piadosos fundadores no hubieran tenido un gusto más delicado y condecorador de las buenas tradiciones del arte, ó una idea más perspicaz de las innovaciones que preparaba la transición del gusto. También el palacio del almirantazgo es construcción del siglo XV, cuando la institución del mayorazgo señorial del primer almirante. Así lo indica su traza de un gótico decadente, y las circunstancias históricas.

IX.

Lo que fija y merece por cierto fijar la atención, después de lo dicho anteriormente, es la demostración que la ciudad hizo en el siglo XVI de su opulencia y piedad cristiana, en la erección del templo parroquial de Santa Cruz. Dejémosle para élto, sin detenido exámen, los restos de fortificación, cuya última obra es el baluarte de San Sebastián, y que demuestran la consideración de la localidad hasta los tiempos del emperador, en que tanto figuró en la guerra de las comunidades. Y esta es otra prueba histórica de su cuantía y poder. Pero vamos adelante. Encomendada la obra expresada al célebre Juan de Herrera, la realizó el regio artista tan característica y digna

de su escuela, que no se le oculta su mano al menos condecorador. Ya hemos referido la anécdota del emperador de los franceses. Y ciertamente no hay sino ver su gallarda belleza, para conocer la nobleza del arquitecto del Escorial. Decorada con el tipo más puro de las grandes escuelas griega y romana, es acaso demasiado elegante y primorosa para iglesia cristiana. Sus capiteles corintios, llenos de la mollicie y poética gracia del genio ático; sus lineamientos todos, que sin perder la majestad cardinal respiran hizarria y riqueza, serian más propios de un alcázar profano. Pero ante su aspecto radiante de hermosura todo se olvida, y no hay sentidos, imaginación ni voluntad sino para el goce de la admiración y del aplauso.

Y cuando tan locana creación apenas había ocupado un lugar entre las bellezas del arte, se vió tambien alzar su poderosa mole al templo del patron Santiago. Esta fábrica multifórme, donde cada época arquitectónica tiene su representación, parece efectivamente el epíteto, el complejo resumen de las huellas del arte en este suelo. No puede pensarse otra cosa ante el conjunto variado producido por la filigranada crestería, los severos intercolumnios y los caprichosos recortes que distinguen respectivamente á las épocas gótica, toscana y greco-romana, que allí se hallan aglomeradas en armónico desorden y sorprendente combinación. ¿Qué se proponía el artista? ¿Cómo adivinar su pensamiento absoluto? ¿Y cómo dejar de admirarse al descubrir sobre un pilar gigantesco, bastarda generación de una raza romana ó griega, la elipse esbelta, cuyos esgrasados arranques son tambien una contradicción impropia del tipo gótico? ¿Y mucho más contemplando sobre esta arquitectura inverosímil y verdadero Proteo del arte, cierta barniz de moderno gusto, que causa igual efecto que el de una estatua antigua retocada de nuevo y llamante colorido!

Pero aun durante el largo período que duró esta obra, se efectuaban otras, que no obstante de menor cañtía, no dejaban de exigir abundancia de recursos. Los conventos de clarisas y carmelitas, los de San Pedro Mártir, que tiene una portada modelo de ejecución, San Juan de Dios y otro del Círculo, con otra numerosa porción de ermitas y santuarios construidos á toda costa, y que pudieron servir de templos parroquiales, ascendiendo entre los locales y rurales á veinticinco, prueban que aquí había riqueza de sobra para semejante innecesaria profusion. Y lo convence así tambien la magnífica torre de Santa María de la Asunción, construida á mediados del pasado siglo en remplazo de la antigua que se arruinó, á costa exclusivamente de los recursos de la fábrica y vecindario, siendo como es una obra de primer orden.

El vasto perímetro que describen por el follido de las antiguas cercas las puertas de la ciudad, dice su magnitud en aquellos tiempos. Hoy se han perdido calles enteras, muchas hasta el nombre; median extensos y despoblados arrabales entre el grupo actual de la población y sus antiguas linites; y en sitios antes poblados, pasa el arado del solitario labrador. Y ya que de las puertas hablamos, haremos mención del suntuoso arco de San Francisco, construido en el siglo XVII. Esta obra, de gusto romano y hermosa sillería, no pudo ser erigida sino para una localidad importante, pues hubiera sido un sarcasmo torpe, una falta de sentido común edificar tan ostentoso ingreso para una aldea, como lo sería fabricar para la choza de un rústico el pórtico de un alcázar. Hoy sí que se puede preguntar que dónde está la ciudad de tal arco.

El inmenso y antiquísimo teatro de fundación de los almirantes, es un grande argumento en favor de la cultura y cavidad de esta población. Hoy no es más que una anticualla venerable, un recuerdo arqueológico de nuestra historia teatral. Pero en su tiempo debió ser una cosa muy notable, y de las primeras de su género en España. Basta decir que su forma primitiva era diversa enteramente de la moderna, pues en lugar de tener el escenario á uno de los frentes del patio, tenía galerías de patios en los cuatro frentes, y el foro en el centro del paralelogramo. Lo cual demuestra que se construyó cuando el arte dramático estaba en su infancia; y que entónces ya esta población poseía numeroso vecindario y adelantado gusto. Tanto que el teatro era casi la única fuerza para el sostenimiento de un hospital.

En fin, el soberbio cuartel de caballería, una de las obras más completas de su clase, y cuya bárbara demolicion no tiene honrosa disculpa, y algunas obras de servicio público que omitimos en obsequio de la brevedad, anuncian donde quiera una población floreciente, activa y culta en los pasados siglos, á contar desde la más antigua, hasta la que pone término á la significación monumental de ella, y es la postrera firma en el album colectivo de sus bellezas artísticas.

X.

Y bien, ¿qué quieren decir, qué significan para el estudio y la observación de la historia esos registros de piedra que hoy contrastan en tanto con el humilde aspecto de la ciudad? Aquí entra la interpretación, el aprecio filosófico del arte en sus distintos aspectos y relaciones íntimas con el espíritu de los siglos. Aquí precede la aplicación de las teorías, que dejamos ligeramente bosquejadas en la parte preliminar,

y que es el mas elevado para el artista. Porque aquí el arte ya se combinaba en ciencia llena de poesía propia del génio, inspirada y feliz. Pues bien: para nosotros el arte revela en este suelo la existencia de un pueblo próspero y civilizado durante algunas centurias. Seguramente desde el siglo XII hasta el XVII por lo menos habitaron aquí generaciones inteligentes y ricas, que comprendían cuánto importaba al bienestar material el desarrollo del pensamiento y de los instintos morales del hombre. Y la prueba es clara, como ya dijimos. Sin copiosa riqueza no se construyeron espontáneamente tantas fábricas; y sin una civilización adelantada no se tienen el gusto, la delicadeza necesaria para emplear artistas de primer orden en las bellezas mas refinadas del arte. Quiere decir, por lo tanto, que el incremento local pudo partir desde la inauguración de la monarquía reconquistadora, y venir á término decadente despues del último reinado de la dinastía austríaca, ó cuando mas en el del primer Borbon, en la primera mitad del siglo anterior. Y cualesquiera que fuesen las causas absolutas ó especiales de aquellas vicisitudes, que son la tarea del historiador, siempre queda en evidencia positiva el resultado de nuestras observaciones sobre los testimonios monumentales.

Algunas ideas pudieran avanzarse acerca de aquellas investigaciones, tomando por punto de raciocinio la consideración de que cada época de las comprendidas en aquel periodo encerraba diferentes elementos de vida y de progreso. Cuando las fronteras musulmanas ceñían en reducidos círculos á los estados cristianos, y cerraban los puertos y vias de comunicación exterior, el gran recurso eran la agricultura y la pecuaria, para alimentar las necesidades interiores, aumentadas con el voraz consumo de la guerra incessante. Luego que las armas victoriosas de Castilla iban engrandeciendo el horizonte de la patria, y que aborataban el islamismo en un ángulo remoto, ya pudo el comercio levantar otra vez su caduceo, como lo hizo en realidad á impulso del genio especulador de las tribus judías refugiadas en este suelo, á imprimir mayor aliento á la fuerza del estado. Y como la genuina mercadería crea nuevos ramos de ejercicio, el movimiento fabril es consecuencia natural del cambio de productos, que constituye obra fuente de prosperidad. Esta sucesión de variaciones estadísticas se observa precisamente aquí. Primero, la agricultura que surgió á la antigua villa en centro y almacén de subsistencias para toda la línea fronteriza del primitivo reino de León. Mas tarde un comercio vastísimo con las provincias litorales del norte y oeste de España, la constituye emporio de riquezas y movimiento al nivel de las mejores villas castellanas. Y simultáneamente el elemento fabril tomó vuelo y detiene el instante fatal de su decadencia, que al fin llegó á sonar para largos y desabridos tiempos.

XI.

Aquí se nos ocurre una dificultad. Sabido es que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo dio un golpe fomesin á la industria, á la agricultura, y por consiguiente á la poblacion de España, y de Castilla en particular. Pues bien: habiendo ocurrido el gran acontecimiento en el siglo XV, ¿cómo es que esta villa no parece ser resintiera de aquel efecto general, y que dos siglos despues aun se sustentara vigorosa y próspera? Procuráremos explicar esa aparente contradicción. Sintióse en verdad la agricultura por la emigración á América y por la expulsión de los moriscos, hasta el punto de desaparecer muchos pueblos de esta comarca. Tanto es, que hoy Medina de Rioseco comprende en su jurisdicción mas despoblados que villas y aldeas subsistentes. Y quedaron incultos grandes terrenos, y la despoblacion mató la riqueza interior. ¡Tristes consecuencias del error económico que consideraba el dinero como la única riqueza de un país! Pero entonces la villa concentró su actividad sobre el comercio y la industria. Establecieronse grandes fábricas de tejidos en hilo y lana, y se creó una producción fabril en buena escala. Galicia, Asturias y Vizcaya vinieron á portar para sacar sus manufacturas. Y como este comercio, así por sus primeras materias cuanto por su mercado de consumo, era esencial y absolutamente interior, siguió su curso invariable, y sin ser afectado por el exterior entablado con las regiones americanas.

XII.

Habia de llegar sin embargo un día en que las poblaciones fabriles y comerciales de Castilla sucumbieran bajo el imperio de fuertes causas. Así sucedió efectivamente. Y Medina de Rioseco en todo el siglo XVIII cayó desde la mayor prosperidad en el mas profundo abatimiento.

Y desde entonces nadie ha pensado en nuevas construcciones religiosas ni civiles; se acabaron las prodigalidades; y el buril y el cincel de los artistas ya no sonaron mas en este recinto, cada vez mas inerte y melancólico. ¡Y de aquel esplendor antiguo solamente quedaron, cual testigos incontestables, esas suntuosas salas, que con elocuente silencio nos revelan en sus gráficas formas, la historia de otras generacio-

nes, que semejantes á los meteoros de la noche, dejaron tras sí un rastro luminoso de su fugitivo curso, despues que fueron á perderse en el vacío tenebroso y devorador.

V. GARCIA ESCOBAR.



CUVIER.

¿Quién no ha leído la biografía de Cuvier? ¿Y quién despues de leída no ha deseado conocer mas á fondo á este grande hombre? La insuficiencia de datos oficiales y de las noticias literarias que circulan acerca del sabio naturalista, nos obliga á recurrir á otras fuentes no menos seguras.

El joven Cuvier solo tiene catorce años, y ya ha concluido sus estudios clásicos. Cierta dia, segun su costumbre, registra la biblioteca del Gimnasio, y encuentra un Gessner con láminas de colores. Despiértase su atención; el germen de la ciencia natural vive en su inteligencia, y á ella se dedica con un afán incansable. Si visita á un pariente, lo primero que nota en su casa es la colección de las obras de Buffon: desde entonces son mas frecuentes sus visitas. Dotado de una memoria maravillosa, se familiariza con el lenguaje de la ciencia y con sus áridas clasificaciones, al mismo tiempo que copia los dibujos del profesor naturalista, á quien debe aventajar.

Cuvier no se contenta con trabajar solo; convoca á sus camaradas, y establece con ellos una academia de la que le nombra presidente: forman reglamentos, y se fijan para los jueves las sesiones. Sentado en su hecho, concede á sus colegas la palabra para leer memorias sobre la historia natural, la filosofía y la historia. Discótese despues sobre cada obra, y el presidente resume los debates en un discurso que siempre se aprueba por unanimidad.

El joven Cuvier tenia un enemigo en el jefe de Gimnasio de Montbelliard, y otro mayor en nuestra civilización: la falta de fortuna. El futuro sucesor de Buffon fué destinado por su familia al estado eclesiástico, pero tenia que pasar por la escuela especial de Tubingen, lo que supo impedir su enemigo personal, desestimando sus composiciones para el concurso, y secundado, sin caer en ello, el destino providencial del joven Cuvier. Este, incomodado por tantas injusticias, renunció á la carrera que solo anhelaba á fin de verse con recursos para entregarse á sus estudios favoritos.

El duque de Wurtemberg, impulsado por los elogios de su hermano, examinó al joven con rigor, y en seguida le envió á sus espensas á Stuttgart, donde Schiller estudiaba á la sazón teología, jurisprudencia y medicina. En mayo de 1784, el protegido del duque consiguió por su mérito entrar en la Academia Carolina, y no tardó en distinguirse entre todos sus miembros, habiendo obtenido la orden de caballero, reservada por el duque para los cuatro ó cinco discípulos mas sobresalientes entre contrahicentes. Se entregó tambien al estudio del alemán, que no conocía, y nueve meses despues alcanzó á leer premiado en este idioma. Entre tanto estudiaba con abito á Linceo, Reinhard, Mur y Fabricio, describía y herborizaba sin descanso.

Nuevos obstáculos: el padre del joven Cuvier, retirado en Montbelliard con una pequeña pensión, y el título de comandante de artillería, se encontró casi sin recursos, y su hijo, á pesar del apoyo ducal,

se vió precisado á buscar una ocupación lucrativa. Se resolvió ponerse de preceptor, porque así se alejaría menos de sus estudios, pero ¿adónde había de dirigir sus pasos? El conde de Hericy le confió en Caen la educación de su hijo, y pasó á dicha ciudad en 1788. Retirado con su discípulo en el castillo de Jiqueville, dedicó su tiempo al estudio de los animales marinos, y sus libros, reducidos á sus propias observaciones, puso la base de esa magnífica obra que llegó á ser la historia completa del reino animal.

La fama del jóven sabio traspasó los límites del círculo en que había comenzado. Geoffroy Saint-Hilaire lo hizo su colaborador, y nombrado poco despues profesor de historia natural de la escuela central del Pantheon, entró en esa brillante carrera en que tantos le buscaron y le distrajeron de sus trabajos científicos.

Dibujaba siguiendo la palabra el objeto que describía en sus lecciones públicas, empezando muchas veces un animal por la cola, y formando cada parte de su cuerpo con admirable precisión y exacto conocimiento de las leyes de la anatomía y de la perspectiva.

Nadie admiraba tanto como él á los grandes pintores: ningún artista sabía apreciar con tanta justicia las bellezas de Rafael. Su permanencia en Italia habia formado su buen gusto en esta materia.

Los viajes tenian para él grande atractivo, y sin embargo, no quiso acompañar á Egipto á Bertholot. En desquite recorrió el mediodia de la Francia, como inspector general de estudios, mientras el Instituto le nombraaba su secretario perpetuo; organizaba la universidad de Holanda, al paso que Napoleón le nombraaba caballero de la legión de honor con dotación; visitaba las orillas del Rin en 1805 para preparar, autorizado por el emperador, la resistencia á la invasión estrangera, y por último, pasaba á Inglaterra al mismo tiempo que la academia francesa le abría sus puertas.

Cuvier, dichoso en su gloria, fué desgraciado en sus hijos, pues casi todos le fallaron cuando daban mayores esperanzas; dos solos le quedaron, y en ellos reconcentró toda la ternura, todo el cariño que había profesado á su esposa Mad. de Vaucel, viuda del contratista general que en 1794 pereció en el cadalso.

Su descanso consistió en variar de ocupaciones: su carácter llegó á irritarse á consecuencia de las pérdidas que habían afligido su corazón. Se levantaba á las siete y preparaba los trabajos del día, pero las distracciones políticas y administrativas le robaban mucho tiempo en detrimento de la ciencia. Es preciso no obstante convenir en que rebusó muchos honores, que no se hermanaban con la ciencia, y que muchas veces le concedian sin consultarle. Se negó á admitir de la Restauracion el ministerio del Interior; hizo dos veces dimision del título de Gran profesor de la Universidad, y rechazó las funciones de censor de la prensa que querian conferirle. Napoleón supo comprender mejor al sabio naturalista.

Su ancho frente, sus expresivos ojos, su nariz aguilena, y su boca, que expresaba la bondad de un alma pura, formaban en conjunto una noble fisonomía, y revelaban los altos y profundos sentimientos de su corazón. Sencillo en sus costumbres y en sus maneras, era uno de los hombres mas comunicativos de nuestra época. A sus reuniones asistia los sábados todo lo que había de mas brillante en París.

Previo sin duda su próximo fin cuando acabó su última leccion con estas palabras: «Tales serán los objetos de nuestras futuras investigaciones (la omni-presencia del Todopoderoso y la causa suprema), si el cielo me concede tiempo, salud y fuerzas para continuarlas.»

Sufriendo el 10 de mayo de 1832 el primer síntoma del mal que debía llevarlo al sepulcro, indicaba el sitio de su dolor, y aludiendo á los descubrimientos de sir Carlos Bell y de Scarpa sobre el doble sistema de los nervios espinales, decía: «Los nervios de la voluntad son los que os traen malos.»

Montfouquier le ha levantado una estatua: París le ha dedicado una calle y una fuente; tal vez le consagrará Caen alguna otra memoria. Nosotros preguntamos: ¿llegaría hoy Cuvier á París sin circunstancias excepcionales? ¿Encontraría un Geoffroy Saint-Hilaire que le tendiese una mano protectora?

Sobre las espadas de Diak en la isla de Bornéo.

El hierro que se halla á lo largo de las costas de Borneo, es de excelente calidad, como lo saben las personas que han visitado los puntos de Sambas ó Pontiana; pero el mas superior de todos es el que se explota en Bangermassing; y el modo que los naturales tienen de forjarle ó trabajarle, les enseña la necesidad de comprar acero de Europa. Sin embargo, el mejor hierro de Bangermassing no iguala al que se trabaja por los mas rudos habitantes de Diak: las mejores hojas de sables y demás armas blancas de los rajs y jefes de Bugis son fabricados por ellos, y es un hecho extraño, pero que no admite duda, que cuando

mas se interna uno en el pais, tanto mejores son los instrumentos de hierro que se hallan en él.

El pais de Selgia es superior en este respecto á todos los que estan situados en las inmediaciones de las costas, y de todas partes se llevan grandes pedacos de sus hojas de sables, espadas y otros artículos. Un inglés que visitó poco hace dicha isla, dice que contó hasta cuarenta y nueve fábricas, que todas andaban, solo en el punto de Mopow. Los naturales del pais mas interior, á quienes los viajeros ingleses nos pintan en un estado de naturaleza, pues ni construyen casas de ninguna especie, ni se mantienen de otra cosa que de frutas silvestres, culebras y monas, procuran sin embargo, por este excelente hierro, y hacen con él hojas de espadas, que son luego muy buscadas por los naturales de otros distritos. Los instrumentos hechos con el hierro en bruto de esta clase, cortan con igual facilidad el acero y el hierro en bruto; un inglés aseguró haber hecho pedazos, con un instrumento de esta especie, por'via de ensayo, varios cortaplumas, y que uno de los príncipes de aquella isla, no habiendo podido cortar con uno de dichos sables al primer golpe el cañon de una escopeta, le tiró contra un pedazo de madera muy grueso, el que hizo pedazos sin que el sable se mellase: en seguida se le regaló á dicho viajero, quien hizo con él un presente al gobernador de Macasar, y este se le envió á S. E. el comisario de Java. Otro caso refiere el mismo viajero para prueba del temple admirable y fortaleza de dichos sables. Hallándose en la habitacion del sultan de Calí, vió partir los cañones de tres mosquetes á los pocos golpes que se les dieron con un sable de la especie mencionada; y refiriendo el hecho con admiracion á otro príncipe de Borneo, le aseguró esteriéndose que nada tenía de particular, y que el hierro de aquel sable no sería de la mejor calidad, pues de lo contrario hubiera hecho pedazos los mosquetes al primer golpe.

EN UN ALBUM.

A CONCHA...

Desde el artista al rudo pintamonas,
Desde el coplero al sabio vate, en fin,
Todos sus nombres pones en los album.
Cual si fuera por carga conveñil.
Yo que no pinto, para que luego copias.
Tambien el mio humilde cetro aquí.
Nunca os he visto: cuentan vós hermosas
(Esto ya os lo habrán dicho mas de mil).
Y añaden que en talentos y virtudes
Sois mas bien que muger un querubim.
Así que anhela el venturoso día
En que os pueda también, Concha, decir.
Qué esos elogios de que os llenan todos
Hijos no son de amante locos...

Marzo de 1832.

EL BARON DE BIELECKI.

JEROSOLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernández de los Rios.

Madrid.— Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION.— A cargo de D. G. Alambra, Jeronimico. 26.